

hecho una jalea; y derretido de amor y de esperanzas, entró luégo en su casa, en la cual no halló sueño aquella noche, porque se la pasó en vilo sazonzando un propósito que pensaba realizar sin tardanza, como verá el lector en el capítulo siguiente.



X

LO QUE DESCUBRIÓ LA FERIA

MADRUGÓ mucho don Gonzalo, como quien no ha pegado los ojos en toda la noche; afeitóse con gran esmero, fregó y pulimentóse el pellejo, hasta sacarle lustre, y preparó las ropas más apreciadas entre cuantas guardaba en sus baúles; toda esta faena acompañada de trémulos suspiros, palpitaciones de corazón é incesantes, lánguidas y voluptuosas miradas al espejo. Después, como aún no era hora de realizar sus meditados planes, entretúvose en ensayar reverencias, sonrisas y posturas; ya blandas y rendidas, ya nobles y resueltas, ya llanas y familiares; hizo entradas y salidas, ora pasando al gabinete desde la sala, ora tornando á la sala desde el gabinete; imaginóse diálogos y discursos, metáforas expresivas, réplicas ingeniosas, todo género, en fin, de artificios y travesuras de lenguaje, y de todo quedó satisfe-

cho y complacido. Almorzó luego de prisa y sin apetito; vistióse despacio, empapó en esencias varias su pañuelo de bolsillo, sus guantes azules y hasta los faldones de la levita; y al marcar las once su reló, puso el sombrero blandamente sobre sus rizos escarolados, tomó el manatí, volvió á mirarse al espejo, suspiró vi-rando los ojos al mismo tiempo, y se lanzó á la calle con aquel hechicero contoneo que era su orgullo, por ser, en su creencia, la fuerza de su elegancia. Así llegó á casa de Magdalena. Halló á Narda en el portal, y por ella anunció á don Román que deseaba hablarle con mucha urgencia.

Momentos después, don Gonzalo se descoyuntaba á reverencias en el salón que conocemos, delante del comedido Pérez de la Llosía, y se sentaban ambos en el sofá, debajo de la Purísima: grave é impasible el uno; conmovido, inquieto y desatinado el otro.

Tardó mucho el indianete en romper á hablar; y no parecía sino que estaban los almohadones rellenos de tachuelas punta arriba, según lo que el pobre hombre revolvía las asentaderas sobre ellos, y tecleaba con los dedos en el manatí, y movía el pescuezo entre los cuellos rígidos de su camisa, ínterin hallaba modo de entrar en materia. Sin duda le parecía ésta muy grave para acometida de frente,

porque después de flanquearla con aquella mímica embarazosa, habló de la feria y de las labores de la estación, de la última nevada y de la futura cosecha; de todo menos *del caso*.

Al fin, y cuando ya se le iba acabando al otro la paciencia, amparóse del recuerdo de Magdalena, llenó con él todo su corazón vacilante, y se atrevió á expresarse del siguiente modo:

—Pues los asuntos que aquí me traen, mi señor don Román, son dos, y los dos muy serios... Si usted se sirviera escucharme...

—Rato há que no hago otra cosa.

—Se estima la fineza... y prosigo. Primeramente, yo vine á Coteruco á descansar de las fatigas de mi trabajo, y á gastar, como el otro que dice, entre los míos y en santo amor y compañía, el dinero que honradamente gané.

—Nada más puesto en razón.

—Viniendo así á mi pueblo, me encontré con la iznorancia de las gentes: no eran quién para uno amoldado á la buena sociedad de los tiempos. De modo y manera, que fabriqué mi casa, como usted sabe, y me encerré en ella, atenido á cuidar de mis peculios y á vivir con algo de ellos, pues del total del rédito me sobra, sin que sea bambolla, más de la mitad... ¿Comprende usted?

—Hasta ahora, no mucho que digamos.

—Seguiré el relate. Este comportamiento mío no ha sido al gusto de todos; al cabo, no es uno onza de oro... y sé que tengo enemigos; sé que de mí se han dicho, señor don Román, las miles *indiznidades* por esos *inseztos* venenosos: que si fuí, que si voy, que si vengo... en fin *¡herrejidas!* Pero como mi conciencia estaba muy limpia, y no debo á naide un centavo, me reí de los dichos, y la guerra se ha ido acabando ella sola... ¿Se va enterando usted?

—Ni pizca.

—Pues voy al caso. Cuando á mí me dejaron en paz, echaron la murmuración hacia otra parte, y la impostura con ella; pero ¡cosa admirable! yo que me había reído de lo que conmigo iba, no he tenido calma para oír callado lo que va con el prójimo... ¿Se entera?

—Siga usted.

—Pues, señor, un día y otro llegan á mis oídos voces y más voces, dichos y más dichos; ahora atacando al pensar, después á la hombría de bien, mañana... á esto y á lo otro, y luégo... vamos, cosas que no se pueden oír, hasta que reflexioné y dije: «los hombres de algún valer están obligados á ampararse en los apuros, porque si no, los inseztos se nos vienen encima; cada uno arrempuje lo que buenamente pueda, y allá voy yo con todo mi pecho á cumplir con mi obligación.» Y le aseguro

á usted, señor don Román, que hice los imposibles y que apreté por lo más duro; pero á fuerza mayor el valiente se rinde, y yo no pude solo contra tanto; porque es de saberse que hay de por medio conspiración en regla, y lo que es peor, intenciones del mismo demonio.

—Bien, ¿y qué?—preguntó aquí don Román con una seriedad y una firmeza que desconcertaron al indianete.—¿Por qué me cuenta usted eso á mí?

—Pues se lo cuento, señor don Román, para decirle en seguida, como ahorita tengo el honor de hacerlo: con usted va la historia, y aquí me tiene dispuesto á rendir la existencia carnal á su propio lado, si á mano viene, para sacar triunfante por el medio A ó el medio B que á usted se le ocurra, la diznidad y valía de persona tan respetable.

Don Román miró al indiano, entre burlón é indignado, y le preguntó con sorna:

—Dígame usted, señor mío: cuando de usted murmuraban, ¿conocía á los murmuradores?

—Tanto como conocerlos... Pero sospechaba.

—Pues yo conozco á los que me calumnian, los tengo con frecuencia delante de mí, y no me doy por entendido.

—¡Carambital... ¡eso ya es demasiado!... No estará usted muy convencido...

—Tengo la seguridad—continuó don Román, tocando con su diestra el hombro de don Gonzalo,—de poner mi mano sobre cada uno de ellos sin equivocarme.

El indianete tembló bajo el peso de aquella mano que le parecía el espadón de la Justicia, y dijo con insegura voz:

—Yo celebro mucho que usted tome así esas cosas. Á la verdad, no merecen más que el desprecio; pero no me arrepiento de haberle ofrecido mi ayuda para combatir las, porque, en mi lugar, usted hubiera hecho otro tanto. ¿Es verdad?

—No lo sé, porque yo jamás consiento en mi casa que se hable mal de nadie, ni fuera de ella lo autorizo con mi presencia.

Don Gonzalo se quedó yerto, y luégo dijo:

—Pero ¿tendré la satisfacción de saber que no le ofende la voluntad con que hice la oferta?

—Puede usted estar seguro de que aprecio su voluntad en todo lo que vale.

—Pues eso me regocija,—exclamó don Gonzalo, mostrándose quizá más gozoso de lo que estaba.

Hubo tras estas palabras un buen rato de silencio.

—¿Tenía usted más que decirme?—preguntó don Román, al ver que el indianete no chisataba.

Don Gonzalo volvió á sudar, apremiado por esta pregunta.

—Voy á ello, si usted me lo permite,—respondió, pasando el perfumado pañuelo por su cara. Luégo carraspeó, se aplomó en el sofá, y dijo así:—Yo, señor don Román, creo que el hombre, cuando llega á su edad varonil, y tiene buenos sentires y su por qué de caudal, y además es desvalido de toda familia, debe buscar esposa que le consuele y acompañe.

—Es muy cierto.

—Pues bien, yo estoy *sólido* en el mundo, y en lo mejor de la vida; tengo tres mil pesos de renta, y el corazón cautivo de una madamita, y he determinado contraer alianza con ella.

—Que sea en buen hora.

—Ese parecer me alienta, señor don Román.

—Hombre, no veo la razón... Si fuera el de la dama...

—Ese, señor don Román, aunque lo tome usted á vanagloria, creo que le tengo también muy favorable á mi fino deseo.

—Pues entonces...

—Ahí verá usted.

—Absolutamente nada.

—Quiero decir que me falta un requisito de mucho suponer; un requisito que vengo á cumplir hoy, diciendo: señor don Román Pérez de la Llosía, imploro amante y rendido la mano

de Magdalenita, su adorada y hermosa hija de usted.

Don Román recibió la demanda como si se le hubiera desplomado el techo sobre la cabeza; después miró con asombro á don Gonzalo (que se había quedado como santo en éxtasis) recordando haberle oído decir que tenía el beneplácito de la señora de sus pensamientos; pero en seguida, desechando por absurda y extravagante su pasajera idea, tomó el caso á broma, y respondió al compungido galán:

—¡Conque me pide usted la mano de mi hija?

—Con toda reverencia y humillación.

—Pues las cosas, señor mío, ó hacerlas bien, ó no hacerlas.

Dicho esto, se levantó; acercóse á la puerta de la sala, y llamó á Magdalena.

Don Gonzalo creyó ver en estos pormenores y en aquellas palabras, el término inmediato y venturoso de sus tiernas agonías.

Apareció Magdalena. Su padre le dijo, señalando á don Gonzalo:

—El señor acaba de pedirme solemnemente tu mano.

—¡Mi mano!—exclamó aturdida la gentil doncella, temiendo que su padre, que con tal formalidad la hablaba, estuviera de acuerdo con el indiano.

—Tu mano, sí,—insistió don Román imperturbable.

—¡Sí, Magdalenita—expuso don Gonzalo, acercándose á la joven, entre receloso y confiado, pero siempre blando y pegajoso;—esa mano de *nácara* y *ambrosida* para consuelo de mi rendido corazón!

—Pero, padre—se atrevió á preguntar la angustiada muchacha,—¿es esto serio?

—Hija mía, ya lo ves... ya lo oyes.

—¡Y usted me pregunta!...

—Yo... te consulto.

—Consultamos á usted, Magdalenita,—añadió don Gonzalo, que tomaba las exclamaciones de ésta por explosiones de un gozo mal disimulado.

—Pues bien—dijo Magdalena con una entereza impropia de su carácter infantil, pero no del horrendo trance en que se creía colocada,—si á mi decisión se deja... eso, resuelvo que ¡jamás!

—¿Se entera usted?—preguntó entonces don Román al indianete.

Pero éste, falto de fuerzas y hasta de aliento, no le respondió. Volvióse hacia Magdalena su padre, y díjola con cariñoso acento:

—Perdóname, hija mía, el mal rato que acabo de darte... Adivinaba tu respuesta, y por eso te la pedí, aunque el señor me había

asegurado que contaba con tu aquiescencia.

—¡Con la mía!... Y ¿quién le ha autorizado para asegurarlo, si en su vida ha hablado conmigo particularmente, hasta ayer, y puedo jurar que no sé lo que me dijo?

—¿Lo oye usted bien?—preguntó don Román á don Gonzalo, con voz áspera y gesto duro.—Ningún motivo tiene usted para asegurar un hecho que, siendo cierto, sería grave por desconocerle yo.

En don Gonzalo acababa de verificarse una transformación que no es rara en naturalezas como la suya, siempre solicitadas de los resabios de origen, mal extirpados por una falsa educación, ó por carencia absoluta de ella. Pasado el estupor que le produjo el amargo desengaño, en lugar de buscar un recurso para salir de aquel trance con el menor desaire posible, entregóse de lleno al furor de su despecho, y domináronle sus instintos rencorosos y vengativos. Enderezó el cuerpecillo, brillaron sus ojuelos como dos ascuas, trocóse en apretada lanzadera la media luna de su boca, y respondió, con voz ronquilla, á las palabras de don Román:

—Es cierto que hasta ayer no he hablado con esta señora. Entendí que me había comprendido lo que la dije... y esa fué mi equivocación. En lo que valgo me he ofrecido, sin

afrenta para nadie; y si lo que valgo es poco, yo no tengo la culpa de no valer más.

—Señor González...—replicó don Román,—porque creo que así se llama usted, puesto que así se llamó su padre: le he oído á usted sus pretensiones; se las he transmitido en santa calma á mi hija, para que jamás tuviera usted el derecho de creer que pude yo influir en su decisión, y quedara el caso resuelto de una vez para siempre; lo que usted aseguraba ser señal de aquiescencia en ella, no lo es, y usted mismo lo declara así, y yo me doy por satisfecho... Nada hay en todo esto que, en buena justicia, pueda ofenderle. Deje, pues, lo de la afrenta, que aquí no viene al caso, y entienda que, á mis ojos, las tachas no están en la baja del origen, pues que todos somos hijos de nuestras obras, sino en avergonzarse de él por frívolas é insensatas vanidades.

Si don Gonzalo entendió lo que esto quería decir, yo no le sé: el hecho es que, sin tratar de contestarlo, despidióse airado y salió de la casa enfurecido.

Quando el padre y la hija estuvieron solos, dijo el primero á la segunda:

—Ya que de estas cosas tratamos, quiero que entiendas, Magdalena, que así como yo no me creo con el derecho de imponerte mi voluntad en elección de tanta transcendencia, tú

estás en el deber de no dar un solo paso en tan escabroso terreno sin aconsejarte de mí.

Magdalena palideció y bajó la cabeza, como si se juzgara culpable. Don Román la contempló un momento y dijo:

—¿Ves, hija mía, cómo yo no me equivocaba?...

—¿En qué?—preguntó la joven con insegura voz.

—En una sospecha que adquirí esta mañana... y verás cómo. Después que al despertar me ví libre de la desazón que me produjo el lance de la feria... porque no quiero ocultarte que sentí muchísimo perder la apuesta en tan solemne concurso... ¡qué quieres! cada hombre tiene su manía; yo la tengo por el ganado que crío: se me figura que es lo más hermoso del mundo, y me hace daño que un Gorión lo críe mejor, aunque sea de lo mío y de mi propiedad; dígotte, pues, que cuando me ví libre de esa preocupación, y me hube reído de ella, vínoseme á las mientes el hijo de don Lázaro de la Gerra, á quien ví en la feria hablando contigo; recordé entonces haber visto á ese joven muchas veces, al salir de misa, en este pueblo; y ocurrióseme preguntarme ¿por qué se conocen Magdalena y él? Y así de recuerdo en recuerdo y de respuesta en respuesta, vine á parar, hija mía... por las trazas, á la verdad.

Decía esto don Román por la turbación de Magdalena, que crecía á medida que él hablaba.

—¿Me equivoco en mis presunciones?—añadió don Román después de una corta pausa.

—No, señor,—le respondió al fin Magdalena, con segura voz, aunque no con ojos enjutos.

—Luego me has ocultado...

—¡Eso no!...

—Pues, hija mía, no lo entiendo.

—Dos veces—añadió Magdalena,—ha hablado ese joven conmigo: lo que en la primera me dijo, casi en presencia de usted en el baile de Verdellano, era harto insignificante para hacer sobre ello cálculo alguno; lo que sentí pensando en ello y en las visitas á que usted se refiere á la Iglesia de Coteruco, tampoco era para confiado á nadie, y mucho menos á mi padre. En la segunda ocasión fué más explícito, y lo que me dijo me ponía en el deber que usted me ha recordado; pero note usted que eso me lo dijo ayer tarde, y que el tiempo corrido desde entonces no es mucho para vencer ciertos reparos quien, como yo, jamás se vió en apuro tan grave.

Refirió en seguida, como su turbación se lo permitió, cuanto Álvaro la dijo de sus deseos y propósitos; oyólo don Román muy atento,

pero reflejándose en su enérgico semblante cierta expresión melancólica, y dijo á Magdalena, cuando ésta, confusa y ruborizada, concluyó de hablar:

—Nada tengo, hija mía, que reprender en tu conducta, ni otra distinta esperaba de tu buen juicio y bien probada cordura; y, por lo mismo, creo que no se te ocultará que en la situación en que el asunto se halla, no debe ir éste más adelante sin que don Lázaro, ó alguno en su nombre, lo solicite de mí. No siempre los cálculos de los padres van acordes con el corazón de los hijos; pudiera darse este caso en Sotorriva, y te quiero demasiado y estimo mi honrada medianía en lo suficiente, para no ver sin honda pesadumbre que, sin perjuicio de la mutua estimación de amigos, don Lázaro me tuviera mañana en poco para consuegro, y en menos á tí para señora de su hijo; que esto vendría á significar, en substancia, un desacuerdo en esa familia por no entrar en los gustos del padre el casamiento de don Alvaro, ó por tratar de casarle con determinada mujer. ¡Conduce á tan extremados reparos el amor á los hijos! No seré yo quien á sabiendas peque por este flaco; y en mi deseo de armonizar tu inclinación con las recíprocas conveniencias, vuelvo á decirte, por tu bien y por el mío, que en tan delicado asunto no olvides el deber en

que te hallas de tenerme siempre, y en cuanto sea compatible con el respeto, por tu único amigo y consejero.

Calló don Román y no replicó Magdalena; y respetando el primero los poderosos motivos del silencio de la segunda, la besó en la frente. Tras esta muestra del amor de su padre, lleno el corazón de esperanzas, salió Magdalena de la sala, en la cual permaneció don Román largo rato, meditabundo y melancólico; pues aunque juzgaba lógico y natural el hecho que le preocupaba, jamás había pensado que tan pronto viniera á disputarle un extraño la mitad del corazón de aquella niña, que era la luz de sus ojos y la ilusión de su vida.





XI

ÆGRI SOMNIA

EN cuanto don Gonzalo llegó á casa, envió un recado á Patricio para que, sin pérdida de un solo instante, fuera á verse con él. Acudió el pardillo, y dijole el indianete mientras se despojaba de sus galas:

—Hace tiempo le llamé á usted á este mismo sitio para contarle que se me quería hacer jefe de una conspiración contra determinadas personas de este pueblo.

—Es verdad.

—Le declaré, camará, que no estaba de ese humor, y también afeé muchas de las cosas que, según se me había dicho, y yo repetí á usted, se trataba de hacer en público.

—Cierto.

—Y á los pocos días volvió usted á relatar-me que se había armado en la taberna un partido á la flor, que debía durar dos semanas... y que se jugaba una becerra.

—Cabales; y como la cosa era de saberse y á usted no le ofendía, también le dí cuenta, unos días después, de que el partido iba animándose; que acudía mucha gente á vernos, y que, entre envite y envite, algo se murmuraba que luégo se repetía en las cocinas del lugar.

—Justamente; y yo, para probar que no me agraviaba esa diversión, me brindé á pagar de mis peculios la becerra, con la condición de que no lo supiera nadie más que usted.

—Así se ha cumplido... y la partida marcha que es una gloria, y la gente acude que es una bendición, y aquello es un belén que rechispea... y á la Iglesia no va un alma.

—Pues bien: hoy vuelvo á llamarle á usted para decirle que, además de la becerra, doy un carnero y pago la salsa y el vino... Siempre con la condición de que esto quede entre los dos, y diga usted, si el caso llega, que todo ello es humorada de usted. ¿Me entiende? Pero que acuda mucha gente... ¡mucha! que la partida se anime; que se hable hasta por los codos todas las noches... yo me derrito por la alegría... ¿Me entiende, camará?

Y don Gonzalo, cuando esto decía, estaba fuera de sí: tenía los ojos inyectados de sangre, le temblaba la barbilla y apretaba los puños. Patricio le miraba con asombro, y respondió sin dejar de contemplarle:

—Se hará como usted desea, señor don Gonzalo.

—Pues no tengo más que decirle,—concluyó éste, indicándole con un ademán que se largara de allí.

Entendióle el pardillo, y respondió, mientras hacía una grotesca reverencia, en señal de despedida:

—Con pocas pedradas como ésta, acorrala usted en dos días á Coteruco... Á bien que por más acorralado, no doy dos cuartos.

Y como le había visto salir poco antes de casa de don Román, al bajar la escalera murmuró para sí:

—El demonio me lleve si no paece que á este hombre le han dado *carrancas* en *la otra casa*.

Como si las tuviera en las fauces, pasó el indiano la tarde, febril y desesperado; y llegó la noche, y fué para él la cama tormento de espinas. Magdalena le había dado calabazas en crudo, y su padre le llamó González á secas, negándole el derecho de llamarse cosa más decente. Le habían herido á un mismo tiempo en su corazón y en su vanidad. Estaba roto el ensalmo de sus guantes azules, de su bastón acaramelado y de sus levitas relucientes. ¿De qué le servían ya estas prendas y otras no menos coruscantes? ¿De qué su palacio ostentoso? ¿De

qué su remilgado contoneo y hechicera sonrisa? ¡De incesante y bárbaro martirio, puesto que nada hablaban al corazón de la empedernida ingrata para quien labró su palacio, y antes se engalanaba, se balanceaba y se sonreía el desventurado! En adelante cubriría el espejo con fúnebres crespones, y enfundaría en áspera lona sus baúles, y dejaría que el escajo, la garduña, las zarzas y los helechos invadieran los respunteados cuarterones de su jardín. En cuanto soñaba y le pertenecía, palpataba antes el recuerdo de la ingrata, y oía el crujir de su vestido vaporoso, y aspiraba el casto aroma de su hermosura, y hasta sentía el excitante rumor del ósculo apasionado... En lo sucesivo no verían sus ojos más que el pálido semblante y el espantado mirar de la inicua, ni á sus oídos llegarían otros sonos que el fatídico *¡jamás!* en cuyos afilados garfios se desgarraron sus tiernos deseos, al salir por vez primera del corazón.

Y esto lo vería y esto lo oiría siempre y á todas horas: en el cristal del espejo, y en la soledad de la alcoba, y en las estampas de la sala, y en la fragata del tejado, y entre los arcos de su alcázar, y en los rosales del jardín... ¡en todo cuanto fué antes su delicia, su recreo... su orgullo!

Pero ¿estaba puesto en razón el desdén de

Magdalena? ¿Merecía su ardiente pasión el pago que recibía? ¡Qué absurdo! ¿Quién podría, en buena justicia, negar que él era hermoso, y elegante, y rico, y discreto, y docto? Y reuniendo él todas éstas y otras muchas ventajas, ¿cómo se atrevía á despreciarle la orgullosa lugareña!

Discurriendo y batallando así incesantemente, algo como fiebre se apoderó de él, que á las altas horas de la noche, sumiéndole en caliginoso letargo, llegó á producirle deslumbradores delirios.

En uno de ellos vió que se abrían las puertas de su dormitorio, y que avanzaba hasta su lecho, entre vistosos fulgores de luces de bengala, ordenado escuadrón de púdicas beldades con diademas de oro en la frente y guirnaldas de olorosas flores en las manos.

Dulces y arrobadoras melodías sonaban en tanto, y á su compás danzaban voluptuosas las doncellas en derredor del lecho largo rato. Después sellaron, una á una, con sus rosados labios, la ardorosa frente del iluso, y con níveo y perfumado cendal enjugaron el sudor que el rostro le humedecía, y la más bella, más gentil y más pegajosa, ciñéndole la cabeza con sus ebúrneos brazos, le dijo con voz sonora y argentina, en tanto las otras beldades le contemplaban con ojos lánguidos y amorosos:

—¡Oh, tú! mortal hechicero, en quien las gracias prodigaron sus dones, ¿por qué gimes? ¿por qué lloras? ¿Qué se te da á tí del áspero desdén de una tosca lugareña? ¿Por qué en tan ruín señora pusiste el rico tributo de tus finos deseos? ¿Qué vale esa tarasca para llenar el abismo de tu corazón apasionado, ni beber con caricias delirantes el caudal de ambrosía que vierten á raudales las eternas sonrisas de tu boca?... Mira en tu rededor reinas, emperatrices y duquesas, que, rendidas, imploran que trueques el duro potro de martirio en que ahora te agitas y rétuercas, en blando y voluptuoso nido de sus amores castos, ardientes, nfinitos. Todas te amamos, todas te pretendemos; sacude la modorra que te abate, abre los saeteros ojos, contémpianos y elige.

Tras estas palabras, volvieron á agruparse las vírgenes y derramaron sobre él frasquetes de patchoulí, rosas de Alejandría y yemas acarameladas. Y en tanto, las campanas de Coteruco sonaban con triste clamoreo, porque Magdalena se moría de envidia y de remordimientos. Después entrelazaron sus guirnaldas, colocáronle blandamente sobre ellas, y comenzaron á mecerle en el aire. Sintió en una de estas sacudidas que por todas las extremidades de su cuerpo se le escapaba la vida, larga, larga, larga y delgada como un hilo; pudo

el amor al pellejo más que la fuerza de las ilusiones; hizo un desesperado esfuerzo para asirse á algo... y despertó. Mas todo era silencio y obscuridad en su aposento. Ni una reina, ni una emperatriz, ni una triste duquesa halló á su lado que le confirmara la verdad del cuadro embriagador de su delirio. Pero si el hecho no existía, su recuerdo, vivo y palpitante en su memoria, le sugirió una idea. Demostrado estaba, hasta por el sueño de que acababa de salir, que si no de reinas y emperatrices, porque no existían en los contornos, él era merecedor, por sus prendas y caudales, de la dama más apuesta y encopetada del valle.

No obstante, Magdalena le había desdeñado y su padre le tuvo en poco, evocando recuerdos que él creía borrados para siempre por los rayos de su flamante esplendor. Era, por tanto, indispensable que la vanidosa familia le viera codiciado de mujer que valiera tanto como Magdalena en ranciedad de estirpe. Y ¿quién lo valía en Coteruco? Osmunda. Osmunda no era bella, ni elegante, ni fresca, ni tenía la virtud de conmover su corazón sensible y ardoroso; pero era de ilustre solar, y dama de fina cepa. No la tomaría por esposa; pero explotaría en beneficio de sus intentos aquella fervorosa adhesión con que le distinguía y abrumaba la infanzona. Magdalena lo vería; y

al contemplarle siendo el embeleso de otra dama ilustre, conocería el valor de lo desdenado, y lloraría su insensatez, y él podría entonces vengar el desdén con otro más inclemente, ó adquirir por conquista lo que solicitó como esclavo. En cuanto á don Román, ¡en buenas manos había caído para que no le pagara el ultraje hasta con réditos!

No pudo dar comienzo á su acordada empresa en el mismo día, porque le costó más de cuatro de recogimiento la indigestión de las calabazas; pero en cuanto logró andar sin vértigos ni sudores, vistióse con esmero y se trasladó á la Casona con el doble fin de hablar con Lucas y enloquecer á su hermana. Al primero le dijo lo que ya éste sabía por Patricio, que lo había leído en los mal disimulados deseos del indiano: que estaba resuelto á sacrificar sus escrúpulos en aras del patriótico pensamiento del Estudiante. Con Osmunda fué un *sinsonete* canoro, é hizo prodigios de *flauteado*. La infanzona echó fuego por los ojos, y tembló de placer sobre la silla. En aquella mujer toda pasión tomaba aspectos bravíos. Jamás había hallado al indiano tan fogoso é insinuante; y en su propósito de aislarle más para conquistarle mejor, clavó á Coteruco, en cuerpo y alma, en la picota de su mordacidad. Don Gonzalo se sintió crecer hasta la alteza de los

inmortales, al verse venerado de aquel modo.

Cerrada ya la noche, Lucas y su amigo salieron juntos de la Casona.

—Osmundita—la dijo el meloso al despedirse,—hasta la vista.

—¡Hasta siempre... *Gonzalo!*—contestó la solariega con voz fogosa y ojos centelleantes, oprimiendo entre los dedos de su mano, lívida y descarnada, la velluda y rechoncha que el otro le tendió.

La llaneza del tratamiento, inusitada en Osmunda, conmovió al indiano; y viendo á la hermana de Lucas á la luz que la abrasaba, hasta llegó á decirse:

—Pues, bien mirada, esta mujer no es fea.

Lucas se despidió de don Gonzalo en cuanto salieron á la calle.

—Voy á la cátedra,—le dijo.

—Mucho cuidado, amigo, con la Justicia que le vigila.

—La Justicia está ya presa, señor don Gonzalo.

—Con todo, no hay que fiarse...

—Estoy haciendo allí mucha falta. Mis sustitutos han explicado ya, con gran éxito, lo preliminar y accesorio; precisa que entremos de lleno en materia, y á eso voy esta noche... ¡Qué progresos, don Gonzalo!... ¡No salgo de mi asombro! ¡Qué idea la de ese endemoniado Pa-

tricio! Con una becerra en salsa vamos á conquistar á Coteruco.

Separáronse. Don Gonzalo se encerró en su casa, bien indemnizado, en su concepto, del berrinchín de las calabazas, y Lucas entró en la taberna.



XII

EL CENAGAL DE COTERUCO

LA noticia de que se añadía un carnero á la becerra y se hacía un proporcionado aumento de convidados al festín de la Pascua, se extendió rápidamente por el pueblo y llevó nuevos y no pocos espectadores al partido, con lo cual el escándalo acabó de penetrar en los pacíficos hogares de Coteruco. Eran allí todas las mujeres partidarias decididas de don Román, que tenía á raya los vicios de sus maridos; sabían lo que en la taberna se trataba delante de éstos, y los veían llegar á deshora de la noche, y no siempre en sus cabales. Reprendíanlos ellas, murmuraban ellos; y como los más crédulos ó suspicaces dejaban traslucir las sugerencias de que iban henchidos, la indignación de las mujeres crecía, y llegaba al apóstrofe seco y punzante; el apóstrofe provocaba una réplica brutal, la réplica un lamento, el lamento la